

Necesidad, dificultades y posibilidades de la catequesis en nuestro tiempo

José Manuel ESTEPA LLAURENS

INTRODUCCIÓN

Los informes que han enviado los diversos países sobre la situación de la Catequesis, la literatura catequética de estos últimos años, nuestra propia experiencia de educadores religiosos, nos hacen comenzar nuestra conferencia por la *constatación de un malestar*: el hombre actual se desinteresa cada vez más de la problemática religiosa; nuestros esfuerzos de renovación en la presentación del mensaje cristiano no consiguen que éste llegue a calar hondo en las inquietudes del mundo actual.

Este malestar es la consecuencia de un malestar más general: *la crisis de nuestra sociedad*. Son las generaciones jóvenes las que la sienten con más agudeza. La crisis de nuestro tiempo se origina en una inadecuación de las instituciones y estructuras de la sociedad respecto a la imagen que el hombre se hace de sí mismo. El fenómeno contestatario lo pone bien de manifiesto.

El problema está en que el hombre se comprende a sí mismo de distinta manera. La evolución de la cultura ha segregado una *nueva imagen del hombre*: la sociedad técnica la ha engendrado. Esta nueva imagen tiende a precipitar la evolución de la sociedad tradicional. Los más pobres participan culturalmente en los problemas, ambiciones, ideales e ídolos que están a la cabeza del progreso.

La Catequesis se ha renovado enormemente en estos últimos años. Hemos tratado de acercarnos lo más posible a los niños, adolescentes y adultos, pero sentimos que queda una *distancia* grande para alcanzarlos en profundidad. Hemos recorrido mucho camino renovando nuestra catequesis por un retorno a las fuentes

bíblicas, litúrgicas y doctrinales: pero nos queda renovarla por una nueva relación con el hombre, por una aceptación de esta nueva imagen que se hace de sí mismo.

Esta nueva relación no puede ser exclusivamente el fruto de un esfuerzo de adaptación pedagógica individual. El problema actual de nuestra catequesis no es tanto la pedagogía misma sino *la situación de la Iglesia*, la manera como el grupo «Iglesia» se sitúa y se relaciona con el mundo que está cambiando. Nuestra catequesis dependerá de la manera como concibamos esta relación.

El tema que corresponde a esta primera relación del Congreso es, como ustedes saben, la indicación de necesidades, dificultades y posibilidades del Ministerio catequético en nuestro tiempo. Intentaremos responder a través de *tres grandes puntos de reflexión*:

En primer lugar la presentación de los rasgos más sobresalientes de la mutación que se experimenta en nuestra sociedad y en la Iglesia.

Seguidamente las consecuencias de este hondo cambio de la comunidad humana para una adecuada acción educativa.

Finalmente las prioridades de una catequesis de la Iglesia que quiera responder a las necesidades de ese contexto humano del momento presente y del futuro inmediato.

Este orden y problemática de nuestra disertación parece aconsejado por la valiosa información de que hemos podido disponer a partir de los «rapports» que han enviado unas cuarenta Conferencias Episcopales a la Sagrada Congregación del Clero. Quizá la sistematización elegida responde al planteamiento que del tema hace el mismo *Directorium Catechisticum Generale*.

I. MUTACION EN LA SOCIEDAD Y EN LA IGLESIA. RASGOS FUNDAMENTALES DE LA NUEVA IMAGEN DEL HOMBRE

A) LA RACIONALIDAD

El progreso de *la ciencia* ha dado al hombre una nueva mentalidad. No hablamos de la ciencia como una actividad *particular*

sino como una actividad *dominante* que viene a modificar la manera que tiene el hombre de comprenderse a sí mismo:

a) *La ciencia como clave de los hechos*

Esta fuerte experiencia lleva al hombre a moverse en una *mentalidad empírica* que tiende a situar en la sola experiencia constatable la fuente de nuestros conocimientos. Consecuentemente crea en él una desconfianza hacia lo *abstracto e inverificable*: llega a desconfiar de aquellos *sistemas ideológicos* que, por muy autorizadamente que se promulguen, pretenden explicar y dar sentido pleno al hombre y a su acción a partir de *principios abstractos*.

b) *La técnica como solución exclusiva de los problemas que le plantea la realidad*

El dominio de la técnica crea en el hombre una *mentalidad pragmática* que tiende a tomar como criterio de verdad el valor práctico, considerando como verdadero aquello que es *eficaz*, que tiene éxito. La eficacia es el criterio que rige la organización de la acción.

La reacción consiguiente a esta mentalidad pragmática es la desconfianza ante todo lo que se impone como *valor absoluto*: de ahí su gran sentido de relatividad y convencionalidad.

La solicitud por encontrar solución a los problemas inmediatos de la vida a través de la técnica moderna le lleva a prescindir, o poner entre paréntesis, las *cuestiones últimas*. La sociedad tecnológica es una sociedad que cultiva *el olvido de las finalidades*.

B) LA AUTONOMÍA

El hombre de hoy se comprende a sí mismo como mucho *más responsable* de su vida y de su destino que ningún hombre en la historia. Esto es verdad aunque el hombre caiga en la ilusión de que es verdaderamente libre a pesar de la enorme presión de la sociedad, de la publicidad, de la propaganda:

a) *Conciencia de su responsabilidad en la configuración del mundo*

El hombre tiene un sentido dinámico de empresa en su acción. Con la experiencia de dominar el cosmos el hombre se da cuenta de que va ganando terreno al azar, al destino ciego.

Esta visión de la realidad que se le somete configura una nueva imagen del hombre: da un sentido más hondo de la igualdad, dignidad y autonomía de la persona. Crea, igualmente, la conciencia de la evolución y transformación de los *valores humanos*, incluso morales.

Como resultado de esta nueva conciencia de la persona humana crece el sentido de *corresponsabilidad* en la vida social y comunitaria, que hace considerar la pasividad y el absentismo como postura propia del pasado.

b) *Agudo sentido de la libertad*

La persona humana descubre que la libertad es una categoría esencial de su ser y de su obra. En consecuencia rechaza todos los *totalitarismos* y formas dictatoriales de autoridad que no respetan la libertad personal. El acatamiento a lo mandado se funda hoy no en la autoridad de la persona o del sistema que manda, sino en el buen *fundamento* y en el *contenido* de lo mandado.

c) *Sentido pluralista de la vida*

En una gran dependencia de la dignidad de la persona y del valor central de la libertad, el hombre moderno se abre a un *sentido pluralista* de la vida. Tiene conciencia de vivir en una intercomunicación de las diversidades personales legítimas y en una interdependencia de grupos físicos y morales diversos, en un clima de respeto y aun de estima de derechos y valores diferentes a los suyos propios.

Esta situación pluralista implica una *relativización* de las opciones particulares y un ser consciente de que para actuar, no se puede llegar a un *acuerdo previo* sobre valores y fines.

d) *Incapacidad de formular fines últimos objetivos*

Ante la experiencia de que la técnica ha desarrollado poderosamente los *medios de acción* el hombre constata que conocimiento y acción van ligados y son inseparables. Ante este hecho:

por una parte el hombre tiene la experiencia de que él mismo se ve continuamente *transformado* por su propia acción técnica y creadora, que configura a un hombre nuevo en sus dimensiones físicas, síquicas, sociales y espirituales: un hombre nuevo en una sociedad nueva.

por otra parte el hombre se ve *desbordado* por sus poderosos medios de acción y se siente incapaz de formular unos *fines últimos objetivos*, contentándose con formular unos *fines inmediatos y convencionales* que den sentido y orienten su acción.

Consecuentemente el hombre, al no poder predecir ni calcular la amplitud de su acción, tampoco puede prever la *imagen de sí mismo en el futuro*.

La racionalidad y la autonomía no sólo han proporcionado al hombre una nueva imagen de sí mismo sino que le están haciendo descubrir las limitaciones de esa concepción:

. toma conciencia de que al mismo tiempo que se libera por la técnica científica moderna del dominio de la naturaleza *se somete* al dominio de su propia obra y producción y se pregunta *si podrá sobrevivir* sin verse aplastado por la sociedad tecnológica que él mismo se ha dado.

. al liberarse de la coacción de la naturaleza se siente, a la vez, libre de las concepciones y coacciones que pertenecen al mundo del pasado. Vive por lo tanto en un gran *desarraigo ideológico-histórico*.

. ante las *cuestiones sin precedentes* que el hombre de hoy se plantea experimenta que la sabiduría histórica heredada no le es suficiente y, con frecuencia, no le sirve para responder a las necesidades que le impone la nueva sociedad científico-técnica.

. junto a este proceso de racionalidad creciente la era tecnológica segrega un sentimiento creciente de lo absurdo del destino humano. Lo que falta a la sociedad es *sentido*. Sentimiento del fin último: hacia dónde vamos. Falta igualmente de un sentido

humano del trabajo, de la sexualidad, del dinero, del ocio, de la felicidad.

C) DESAFECCIÓN RELIGIOSA

A partir de los dos rasgos fundamentales señalados podemos comprender, como rasgo fundamental de la cultura técnica la *crítica del fenómeno religioso*.

a) *Desacralización del cosmos*

El hombre de la sociedad científico-técnica ve al cosmos como una realidad profana *autónoma* desprovista de todo poder luminoso o divino. Tiene conciencia de no estar sometido a la naturaleza. Y en este sentido los rasgos de las *decisiones del hombre* (guerras, nacionalismos...) son más temidos por el mismo hombre que los rasgos de la naturaleza. El mundo es concebido no por los presupuestos de la religión sino por los presupuestos de la ciencia; no en función de algo diferente del mundo.

b) *Desacralización de la cultura*

La integración histórica del cristianismo en la cultura occidental es un hecho sociológico. Debido a esta integración no se ha adquirido una conciencia clara de los límites de autonomía y dependencia entre lo sagrado y lo cultural. Esto hace que el proceso de secularización se presente, en orden a la cultura, bajo las formas de una *diferenciación* de la dimensión sagrada y cultural, intentando reducir cada una de ellas a su propio sector.

c) *Nueva actitud ante lo trascendente*

El hombre de la sociedad moderna siente recelo ante la *interferencia* de lo trascendente en el curso de su vida normal y social. Este hecho presenta una serie de vertientes importantes en orden al proceso de desacralización:

. *la autoridad doctrinal* de los que tradicionalmente se habían considerado como únicos depositarios de la verdad divina se ve sometida a *contestación*.

se siente incomodidad ante las *normas impositivas*: dogmas, preceptos, prácticas...

. se aceptan ciertas *verdades doctrinales* y se *rechazan* otras sin sentirse por ello excluidos del grupo religioso.

. se da frecuentemente el *confinamiento de las creencias religiosas* en un cierto comportamiento de la vida fuera del cual no tienen apenas influencia sobre el resto de la existencia que se desenvuelve con independencia y autonomía respecto a ellas.

d) *Distanciamiento de la imagen religiosa tradicional*

La actitud religiosa se *personaliza* cada vez más frente a una religión aprendida o impuesta en el hogar, la escuela y la sociedad. Y esta actitud religiosa personalizada tiende a expresarse en la fidelidad a los valores reales de la vida: el trabajo, la profesión, el encuentro con los demás, los compromisos sociales...

Esta actitud religiosa personalizada tiende a admitir un *pluralismo religioso*: es decir la apertura al conocimiento y la intercomunicación con otras concepciones religiosas, en clima de respeto y estima de sus valores.

Esta nueva imagen del hombre no se ha originado en un día. Es el producto de una lenta gestación. Ese mismo movimiento ha hecho que la *Iglesia* vaya tomando una conciencia cada vez más profunda de ella clarificando su propia identidad en medio de un mundo en transformación.

ALGUNOS RASGOS DE LA NUEVA CONCIENCIA ECLESIAL

La descripción que el Concilio Vaticano II nos ha dado de la Iglesia difiere mucho de la que hasta entonces nos era habitual. Los agitados años del post-concilio, la evolución socio-económica y la investigación teológica más reciente ha ayudado no poco a profundizar en esta nueva conciencia eclesial.

El Concilio, en efecto, ha conseguido dar una visión de conjunto, equilibrada y armoniosa de la Iglesia. Nuevas corrientes han venido a fertilizar esta visión. Corrientes forzosamente parciales, fragmentarias, unilaterales que han de ir madurando hasta que llegue el día de desembocar en una nueva síntesis.

a) *El movimiento de comunidades de base*

El Concilio insistió en el tema de la Iglesia como comunidad local y litúrgica, como una asamblea concreta reunida para la celebración. Tal vez antes se pensaba que la Iglesia era sólo... la Iglesia universal, es decir la suma de todas las parroquias, de todas las diócesis del mundo en comunión con la Sede de Roma. Se pone el acento hoy en que la Iglesia está presente en todo grupo cristiano por reducido y modesto que sea, con tal de que se reúna en nombre del Señor Jesús. Es ahí donde el nuevo fiel tiene la experiencia inicial de lo que es la Iglesia.

La Iglesia se comprende a sí misma, fundamentalmente como una *comunión*. Tiene ciertamente una estructura, unos elementos constitutivos; pero, estructurada, es ante todo una *comunión de creyentes*.

La célula de base de la Iglesia tal como aparece en el Nuevo Testamento es el grupo reducido primario, de medida humana que se reúne en la casa de uno de sus miembros para practicar la caridad de la comunión, entendida en su sentido sacramental y vital a la vez.

Estas comunidades de base, aunque su carga de ambivalencias no sea pequeña, no pueden ser consideradas como un añadido, como un anejo a la estructura actual de la Iglesia; de ninguna manera se trata de una nueva asociación que se fundara fuera de todo territorio y voluntad de comunión.

b) *La presidencia universal del Papa cambia de signo*

Las diversas Iglesias locales establecen entre ellas estrechas relaciones gracias a la comunión que une a los respectivos pastores, es decir, a la colegialidad episcopal presidida por el Obispo de Roma.

La nueva situación, al poner de relieve la importancia de la Iglesia local, hace que esta presidencia universal cambie de signo. No es ya principalmente el centro de donde todo emana sino más bien el órgano que facilita la intercomunión de todas las riquezas que vienen de la base, el canal que las distribuye y que las hace circular.

c) *Mayor presencia de la Iglesia en cada grupo humano*

La Iglesia al actualizar todo el dinamismo de la Iglesia local, puede encarnarse más profundamente en cada lugar, en cada región, en cada cultura, en cada situación, en cada territorio. Cada Iglesia local adoptará así una estrategia pastoral bien determinada. No se considera a sí misma como una delegación de la Santa Sede encargada de representar a la Metrópoli. Tiene una personalidad propia y se instaura de este modo un rico y sano pluralismo en el interior de la Iglesia universal. El Obispo, las Conferencias Episcopales y la Santa Sede tienen la misión de unificar esos pluralismos locales en la catolicidad de la Iglesia, una en su diversidad.

d) *La Iglesia presente en el mundo por medio de las comunidades cristianas insertas en su cultura*

La Iglesia, como cualquier otra religión, ha podido llegar a convertirse en algo marginal dentro de la cultura actual, al menos en dimensiones fundamentales de la misma. En el terreno político y social la Iglesia ya no es la potencia institucional capaz de influir en la evolución del mundo. Para muchos creyentes, «la doctrina social y política de la Iglesia» no supone un impulso capaz de comprometerles en los movimientos realmente influyentes para el servicio del mundo. En los dominios del saber también puede decirse que la Iglesia queda al margen de la investigación de una verdad científica. En cierto sentido ha quedado marginada incluso del terreno de la ética. Los valores éticos son considerados actualmente como valores universales, no ya como específicamente cristianos.

La Iglesia se hará presente en el mundo a través de las comunidades cristianas insertas en la cultura. Estos grupos no necesariamente oficializados ni institucionales serán, sin embargo, muy influyentes en el orden público. Pero esta eficacia no será nunca publicitaria. La pobreza de la Iglesia no ha de ser ante todo económica sino sociológica. Si los sacerdotes pierden tantas veces la ilusión al sentirse culturalmente marginados es debido a que todavía no hemos llegado a adquirir una visión exacta de la eficacia cristiana.

Es así como la Iglesia no quedará marginada y encontrará su identidad en la inserción en el mundo. Aportará a éste un *dinamismo de liberación*.

e) *La teología política*

En esta vía para descubrir la aportación específica de la Iglesia al movimiento de liberación está la teología política que ha asignado a la Iglesia la función de hacer la crítica de la evolución histórico-social del mundo. Esta función de establecer un *juicio crítico* se atribuye a la Iglesia en razón de su realidad escatológica. La Iglesia es portadora, en efecto, de promesas de libertad, de paz y de justicia. La evolución histórica todavía no las ha producido. La Iglesia no dejará de anunciar ese «todavía no», manifestando así el *carácter efímero* de toda situación de la sociedad.

II. EL PROBLEMA DE LA EDUCACION ANTE UNA SITUACION NUEVA

La profunda evolución que ha experimentado el mundo actual y las transformaciones hondas previsibles en los esquemas de la vida individual y social para los años venideros, han obligado y obligan a un cambio radical en la orientación de la educación y de los sistemas educativos de los países.

Los hombres de nuestro tiempo, estimulados por las urgencias mismas del desarrollo económico social, han percibido la necesidad de considerar el campo de la cultura como sector prioritario para la inversión de sus esfuerzos.

Al mismo tiempo que la sociedad toma paulatinamente conciencia de la necesidad de aplicar con urgencia el principio de igualdad de oportunidades en el terreno de la educación, el crecimiento de la población escolar en todos los países es un hecho espectacular sin precedentes. Se trata de una verdadera explosión a todos los niveles educativos, que obliga a replantearse, por todas partes, la orientación pedagógica, el sistema educativo, e inclusive la política general de las comunidades nacionales.

El fenómeno aparece en todos los tipos de sociedad contemporánea, tanto de carácter pretécnico como industrial, aunque las realidades estructurales y de cultura tradicional subyacentes que corresponden a las diversas sociedades, manifiesten este mismo fenómeno general —el impulso a un desarrollo de la educación— con características muy diferenciadas.

En los países más desarrollados, la evolución de la realidad educativa presenta unas características más o menos cristalizadas que señalamos a continuación. Posteriormente, indicaremos algunas deficiencias más sobresalientes que se detectan en el cambio educacional efectuado, y las urgencias que parecen prioritarias para responder a las necesidades nuevas y que son reclamadas por el inmediato futuro de una sociedad denominada post-industrial. Por último señalaremos las características propias de la educación en sectores o grupos humanos en vías de desarrollo o en situación de estricto subdesarrollo.

Solamente a la luz de esta realidad del hombre y del mundo contemporáneos y de sus necesidades educativas, alcanzará todo su sentido nuestra reflexión sobre las necesidades, dificultades y posibilidades de la acción catequética.

A) CARACTERÍSTICAS DE LA EVOLUCIÓN EXPERIMENTADA POR LA CULTURA Y LA EDUCACIÓN

Es evidente que los rasgos señalados seguidamente no se encuentran todos en todas partes, al mismo tiempo, pero son suficientemente significativos como para que convenga subrayar la tendencia en vigor.

a) *En la cultura*

En la realidad tradicional

1. Sociedad jerárquica. Sin crítica generalizada. Cultura estable.

En la realidad actual

— Sociedad de la participación y de la contestación. Crisis de las formas tradicionales de convivencia. Reacción anti-jerárquica. Democratización interna. Libertad académica y democratización de la crítica. Cultura del cambio.

2. Sociedad de escasa densidad de comunicaciones (escasa urbanización).

3. Sociedad analfabeta. Cultura de élites, abarcable individualmente. Nivel pre-industrial (escasa producción cultural).

4. La palabra; máximo vehículo de cultura.

5. Dispersión y escasez de fuentes, compuestas básicamente por elementos históricos, tradicionales y dogmáticos.

— Sociedad urbanizada y pletórica de comunicaciones.

— Sociedad alfabetizada, educada en otros lenguajes de comunicación cultural. Cultura de mayorías inabordable individualmente. Nivel industrial con masiva producción cultural.

— Cultura escrita, hablada y de la imagen. Transmisión tecnológica.

— Abrumadora densidad y disponibilidad de fuentes de cultura. Mecanismos tecnológicos de ordenación. Cultura científica y tecnológica, antidogmática, antitradicional y mucho más presente que histórica.

b) *En el sistema educativo*

En la realidad tradicional

1. Lugar o ciudadela de cultura de contornos muy definidos. Productor y conservador exclusivo de la cultura.

2. Instituciones accesibles a minorías; ausencia de educación permanente que permita recopilar, sistematizar y actualizar los propios conocimientos.

En la realidad actual

— Lugar no exclusivo de la enseñanza, poco propicio para la estricta producción cultural, no conservador ni productor exclusivo.

— Instituciones desbordadas por el volumen de alumnos, consecuencia de la democratización y del descubrimiento de la «utilidad» de la cultura.

3. Sistema transmisor de valores y de conocimientos de una generación a la otra.

— Subsidiario en la transmisión de valores, los cuales cambian más rápidamente que antes y se transmiten por otros medios.

4. Instituciones que reflejan la imagen familiar y autoritaria, base de la sociedad. Delegación de la autoridad paterna para ejercer la dimensión del proceso educativo.

— Desfasados ante la evolución de la familia, incapaces de hacerse obedecer como delegación de la autoridad paterna.

5. Factor decisivo de selección para decidir las capacidades de dirección y dominio social.

— Instrumento productor masivo de habilitaciones técnicas y profesionales.

c) *En el rol del educador*

En la realidad tradicional

1. Poseedor de la información cultural o científica.

2. Recopilador, sistematizador de los conocimientos.

3. Transmisor de la información.

4. Detentador de la autoridad.

En la realidad actual

— Dificultad creciente para seguir la inmensa producción cultural científica.

— Casi imposibilitado para recopilar, sistematizar y actualizar la gran producción cultural y de relacionar su disciplina con el resto de la cultura, sobre una base individual.

— En competición con otros medios de transmisión muy desarrollados (libros, TV, cine, etc.).

— Imposibilitado para ejercer su autoridad frente al número y la madurez de los estu-

5. Protagonista y juez del control de adquisición de conocimientos.

6. Autor de la asociación de valores educativos con las informaciones del proceso instructivo.

d) *En el rol del alumno*

En la realidad tradicional

1. No poseedor, en principio, de la información.

2. Memorizador de los conocimientos.

3. Receptor de la información.

4. Sujeto a obediencia.

diantes, en los niveles de adolescentes, mayores y jóvenes.

— Dificultado y discutido cuando, por circunstancias complejas, pretende ejercer una función fundamentalmente eliminadora, en lugar de efectuar una evaluación educativa.

— En confrontación con la crítica de valores realizada por los alumnos y con la asociación de valores a la información realizada por otros medios.

En la realidad actual

— Poseedor de la información (libros, medios de comunicación social, urbanización).

— Sistematizador y sintetizador: por el ensanchamiento de las disciplinas y estar sometido a varias y tener más tiempo.

— Transmisor de la información (densidad de la vida universitaria, participación social, medios de comunicación social, capacidad de «demostración»).

— Dotado de madurez y capacidad de réplica. Mayor autonomía y participación. Inhibición a veces dado el número (universidad) etc.

5. Sujeto pasivo del control de adquisición de conocimientos, concebido como sistema de selección, no de promoción.

— Partícipe de la acción evaluadora, como factor de promoción del alumno y verdadera culminación del acto de toda la comunidad educativa. Dificultad de la realización de este objeto según niveles y circunstancias.

6. Sujeto pasivo de la relación educativa, tanto como de la informativa.

— Sujeto activo de la crítica de valores sociales, visibles a través de los valores educativos.

B) ALGUNAS DEFICIENCIAS SIGNIFICATIVAS DE LA NUEVA EDUCACIÓN

Aunque ya en los cuadros de características quedan señalados aspectos obviamente negativos, puede interesar el poner de relieve algunos otros acentos que muestran también la ambivalencia de la evolución realizada en muchos países considerados desarrollados:

a) El grave desfase entre los objetivos educacionales propugnados y propuestos a la juventud y a la sociedad y la proporción de medios de toda clase invertidos en la consecución de tales objetivos. Esto resulta más grave cuando se considera no tanto la insuficiencia de medios empleados cuanto la ausencia de verdadera inversión de rentabilidad para la promoción humana. El sistema escolar parece haberse quedado, en sus modos y esquemas operativos y en sus ritmos de evolución, aún sustancialmente ligados a los procedimientos organizativos-estructurales propios de la sociedad preindustrial.

b) En la mayor parte de los casos, las inversiones educativas han sido condicionadas por criterios de rentabilidad para el desarrollo económico de la comunidad. Otras veces, los aspectos innovadores y la búsqueda de objetivos de calidad han sido asfixiados totalmente por la preocupación de la extensión cuantitativa. Con mucha frecuencia, cuando se han decidido políticas a seguir en el campo de la educación, se ha pensado únicamente en la cantidad

de escuelas adicionales necesarias para transmitir conocimientos a un número creciente de personas.

c) No se responde aún adecuadamente al cambiante rol de la familia y de la mujer en la sociedad actual, realidad no exclusiva de los sectores superdesarrollados. En la actualidad, las instituciones educativas reflejan los tradicionales supuestos sociales acerca de la función de la mujer.

d) Una necesidad sin respuesta es la de desarrollar una relación vital entre las instituciones educacionales y las comunidades a las que éstas deben servir. Las gentes necesitan poder intervenir, en cierta medida, allí donde se orientan o deciden aspectos importantes de sus vidas. Las instituciones educativas, por el contrario, se han desarrollado de modo que desarraigan a los alumnos de sus comunidades o grupos humanos, haciéndoles perder sentido de identidad y pertenencia.

e) Uno de los más graves conflictos de nuestra época —el enfrentamiento de las generaciones— es reforzado más bien por las instituciones educativas. Estas no están concebidas como lugar de encuentro, de diálogo y de comprensión del problema; en la mayor parte de nuestros países las escuelas y centros de enseñanza superior son casi exclusivamente instituciones para la juventud, separando a las generaciones en lugar de favorecer su integración. Por el contrario, los jóvenes —en minorías muy influyentes— coinciden en considerar que tales centros son establecidos por los adultos no tanto para ayudar a los más jóvenes en una línea de desarrollo de la creatividad y de la autonomía cuanto para «instrumentarles» para el servicio del sistema.

f) Finalmente, no hay que olvidar un fenómeno social suficientemente generalizado y grave como para proyectar consecuencias de relieve para toda política educativa. Consiste en el brote, principalmente entre los jóvenes de un punto de vista no instrumental de la educación e incluso de la acción en la vida. La denominada nueva «contra-cultura» de la juventud opinaría que los valores más elevados consisten en liberar el sentido de la conciencia humana; en vivir la experiencia de la «no utilidad», la «no instrumentación»; en reemplazar el materialismo y el esfuerzo constante que caracteriza a la sociedad actual, por nuevo acento en lo gratuito, lo expresivo, lo creador y lo imaginativo. Verda-

deramente, los intentos de respuesta auténtica a esta tendencia juvenil son mínimos.

C) NUEVAS NECESIDADES EDUCATIVAS ANTE LAS EXIGENCIAS DE LA SOCIEDAD FUTURA

Como en todos los periodos de transición, las reformas educativas envejecen ahora con rapidez. Excesos revolucionarios de ayer quedan convertidos en puntos de referencia para nuevas reformas. En materia de educación todo deberá ser repensado al ritmo de la evolución de los fenómenos y acontecimientos humanos y de las nuevas exigencias sociales. Es ineludible aceptar que *la educación constituye un sector esencialmente prospectivo*, porque el proceso de formación de un niño o de un adolescente, y a fortiori el de un futuro educador, es mucho más amplio que el tiempo que actualmente se requiere para que se originen transformaciones sociales y técnicas de hondas consecuencias sobre la vida y la actividad futura de esos educandos.

El Año Internacional de la Educación, con el cual las Naciones Unidas han inaugurado el segundo decenio para el desarrollo, ha permitido hacer un balance de la educación en el mundo. Se constata una grave crisis de los sistemas educativos. Las aspiraciones educativas de los países han crecido mucho más rápidamente que la expansión de la educación durante el pasado decenio.

La contemplación, en función del futuro, del desfase entre aspiraciones y medios empleados y disponibles hace más dramática la situación, y estimulan actualmente a los responsables de la acción educativa a una búsqueda de sistemas educativos en que el rendimiento deseado se obtenga con los medios que puedan ponerse en juego.

Se hacen ya perceptibles algunas nuevas exigencias a la luz de las cuales habrán de ser remodelados los sistemas educativos que requiere la sociedad del futuro:

a) La necesidad de redefinir los fines mismos de la educación, dando primacía a la formación intelectual y espiritual sobre la acumulación de conocimientos concretos. El acento se pondrá en el cultivo de cualidades cada vez más necesarias como la capacidad de iniciativa, de adaptación y de comunicación con los demás, el equilibrio en la sociedad y en la naturaleza.

b) La necesidad de una creciente democratización de la enseñanza, la cual aspirará en el futuro a facilitar una permanente realización de la igualdad de oportunidades.

c) La necesidad de que estas oportunidades educativas a lo largo de la existencia del hombre se presenten bajo formas muy diversificadas, y en procesos educativos altamente individualizados. Configurar la educación permanente no sólo de acuerdo con las nuevas condiciones de vida, sino también con los valores que guiarán la conducta en la nueva sociedad.

d) La necesidad de institucionalizar la innovación educativa con el fin de aprovechar todos los recursos científicos y tecnológicos.

e) La necesidad de diversificar las especialidades de la profesión docente y de remodelar el rol esencial del educador, liberándole progresivamente de numerosas tareas secundarias.

D) CARACTERÍSTICAS PROPIAS DE LA EDUCACIÓN EN GRUPOS HUMANOS EN VÍAS DE DESARROLLO O EN SITUACIÓN DE SUBDESARROLLO.

En nuestros días, existen todavía masas grandes de hombres esclavos de la ignorancia. Un gran número no participa aún de los llamados bienes de cultura básica¹. La democratización de la educación es un ideal que está todavía lejos de conseguirse en todos los niveles; sobre todo en el universitario.

Los muy considerables esfuerzos realizados en casi todos los países adolecen de serias deficiencias e inadecuaciones: sin referirnos sólo ahora a vastos sectores de hombres marginados de la cultura, «privados a veces hasta del beneficio elemental de la comunicación por medio de una lengua común»², hay que señalar que los esfuerzos de extensión educativa han sido fundamentalmente cuantitativos. Una educación uniforme pasiva: contenidos programáticos, en general, abstractos y formalistas; métodos didácticos más preocupados por la transmisión de conocimientos que por la creación, entre otros valores, de un espíritu crítico; sis-

¹ Cf. G.S. 60.

² *Segunda Conferencia General Episcopado Latinoamericano, 1968. Educación*, n. 3.

temas educativos orientados al mantenimiento de las estructuras sociales, económicas y culturales existentes, muchas veces causa de la marginación y subdesarrollo de los mismos educandos, pretendiendo incorporar a éstos a tales estructuras más que a prepararlos para la transformación y evolución de las mismas.

Ante éstas y otras deficiencias e inadecuaciones, quienes viven más directamente la referida situación de servidumbres culturales, económicas, sociales y políticas, acuciados por la toma de conciencia de la responsabilidad fraternal, e inspirados no sólo en un sentimiento humano universal sobre el problema, sino también en una concepción cristiana ya muy elaborada sobre el desarrollo de los grupos humanos³, propugnan para sus pueblos una visión de la educación más conforme con el desarrollo integral.

Ven como pedagogía que responda adecuadamente a las necesidades de desarrollo de sus grupos humanos la instauración de una «educación liberadora», esto es, aquella que convierta al educando en sujeto de su propio desarrollo. La educación resultaría así, efectivamente, el medio clave para librar a los pueblos de toda servidumbre y para hacerlos ascender «de condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas»⁴, teniendo en cuenta que el hombre es el responsable de sus propias acciones y de su propio progreso, el artífice principal de su éxito o de su fracaso⁵.

En consecuencia, la educación en todos sus niveles:

a) Debe llegar a ser creadora, pues ha de fundamentar y de anticipar el nuevo tipo de sociedad que se busca; ha de basar sus esfuerzos en la personalización de las nuevas generaciones, profundizando la conciencia de su dignidad humana, favoreciendo su libre autodeterminación y promoviendo su sentido comunitario.

b) Debe ser abierta al diálogo para enriquecerse con los valores que la juventud intuye y descubre como valederos para el futuro y así promover la comprensión de los jóvenes entre sí y con las generaciones mayores.

c) Debe además la educación respetar, sin excluir el diálogo creador con otras culturas, los valores y la originalidad de la pro-

³ Cf. G.S. - M.M. - P.P. - O.A.

⁴ P.P. 20.

⁵ Cf. P.P. 34 y 15.

pia cultura; afirmar, con sincera estima, las peculiaridades locales y nacionales e integrarlas, como aportación creadora, en la unidad pluralista del mundo.

d) En una etapa tan hondamente evolutiva del mundo y de la técnica humana, y principalmente en sectores que viven un contexto de subdesarrollo, la educación deberá capacitar a las nuevas generaciones para el cambio permanente y orgánico que implica el desarrollo⁶.

e) Finalmente, en los referidos países y grupos humanos, se considera que los avances de pensamiento y de la técnica humana ofrecerán signos evidentes de haber encontrado su verdadero puesto en el campo educativo —como en el de las restantes actividades humanas— cuando sean aplicados para el servicio de los más débiles y de los más pobres, cuando se conviertan en instrumentos de promoción y de liberación de la parte más dolorida de la familia humana. Lo contrario sería signo de que las adquisiciones humanas más nobles son reservadas a los fuertes para esclavizar a los débiles.

III. LA ACCION CATEQUETICA DE LA IGLESIA ANTE LAS EXIGENCIAS DEL PRESENTE Y DEL FUTURO INMEDIATO

Llegados a esta tercera parte de nuestra relación, en que debieran exponerse, sin demora y con la mayor concreción posible, aquellos aspectos que, en una primera mirada, parecen corresponder directamente al tema señalado para la conferencia: ¿cuáles son nuestras necesidades catequéticas? ¿con qué dificultades tropezamos? cuáles son las posibilidades que se abren ante nosotros para seguir ejerciendo en el mundo de hoy el ministerio catequético?

El examen detenido de las informaciones que, en vistas a la preparación del Congreso, han sido remitidas por las Conferencias Episcopales sobre este mismo tema, plantean inicialmente la siguiente cuestión: ¿Cómo ser fieles a la mayor parte de las refle-

⁶ Respecto a los puntos anteriores, en general, cf. *Segunda Conferencia. Educación*, núms. 3, 8 y 9.

xiones recibidas sin situar la exposición en un cuadro de problemas aparentemente otros que los que el título de la conferencia sugiere? Decididamente me ha parecido que podría prestar un servicio útil a este encuentro internacional dejándome conducir por las ricas sugerencias que brotan de los informes nacionales de mayor entidad, y por los problemas y las preocupaciones subyacentes a lo que dice y a lo que espera la Iglesia en tales países.

Habernos detenido en un cierto análisis de la mutación experimentada en nuestra sociedad y en la Iglesia; intentar describir cómo esta sociedad de nuestro tiempo desea educar a sus miembros más jóvenes, es ya detectar necesidades, dificultades y posibilidades de catequización. Cada vez será más urgente e insoslayable el imperativo de que catequetas y catequistas nos habituemos a este tipo de reflexión y análisis: confrontar hondamente nuestro ministerio con la evolución del fenómeno humano, en todas sus dimensiones, y con la evolución —en gran manera consecuente— de la misma realidad eclesial.

De todos modos intentaremos, en esta tercera parte, presentar un elenco de problemas planteados directamente en el actual momento a la catequesis cristiana, de importancia desigual, sin duda, según los sectores de nuestra Iglesia, pero todos, creo, de suficiente relieve como para que puedan aunarnos en una reflexión común a quienes participamos en este Congreso.

A) NECESIDAD DE UNA REVISIÓN A FONDO DE LA CONCEPCIÓN VIGENTE SOBRE LA ACCIÓN CATEQUÉTICA ¿QUÉ ES LA CATEQUESIS?

Evidentemente, se camina del modelo tradicional de catequesis hacia la configuración de un nuevo modelo que responda a exigencias también nuevas.

Sin embargo, para la configuración acertada del nuevo modelo de acción, se tropieza aún con dificultades graves, a las que habrá que dar respuesta.

a) Una dificultad procede de una inteligencia no adecuada sobre la naturaleza de la catequesis como «*ministerium verbi*», y de su distinción respecto a otras formas del mismo ministerio, principalmente de la teología. El *Directorio Catequístico General* ofrece en este terreno pistas que podrán ser profundizadas (n.º 17).

Una primera, a mi juicio, es considerar la teología como *forma* del ministerio de la palabra, corriente de pensamiento aún no desarrollada, pero que dará base en el futuro para una colaboración fructuosa de catequistas y teólogos.

Otra pista a desarrollar es la afirmación del Directorio de que catequesis y teología *propriis reguntur legibus*. Esta distinción no es explicitada. Una perspectiva quizá para hacerlo sería insistir en que la teología está en la línea del *intellectus fidei* (y por lo tanto más en la línea del pensamiento: hacer que una verdad sea inteligible en sí misma). La catequesis, por el contrario, pertenecería mucho más al orden de la acción: no la inteligibilidad en sí misma, sino el *augmentum fidei*; que la verdad —la realidad descubierta— sea significativa para mí. Esta distinción entre verdad inteligible y verdad significativa puede resultar fecunda.

Por otra parte, la distinción entre catequesis y teología puede considerarse desde dos puntos de vista: el del teólogo y el del catequeta. Buenos teólogos han expresado ya su pensamiento. Sería muy fecundo que el catequista elaborara una reflexión a partir de su praxis, descubriendo la propia identidad de su ministerio. Probablemente, una óptica nueva nos es abierta por el mismo *Directorio* (núms. 75 y 76), al subrayar la función de creatividad de los catequizandos y la función del grupo en la catequesis.

b) *El Directorio General* (n.º 17) previene sobre la necesidad de que se reconozca que las diversas formas de ministerio de la palabra, en la concreta realidad pastoral, se dan íntimamente trabadas. Esta necesidad es fuertemente imperativa cuando se trata de catequesis y evangelización. ¿Dónde empieza una y termina la otra en nuestro tiempo? Con fundamento, se ha podido hablar del irrealismo habitual de la noción técnica de catequesis: organizarse para el ejercicio de una catequesis químicamente pura es irreal y hasta funesto, no sólo en algunas vastas regiones de la Iglesia, sino allí donde exista un grupo humano que es afectado por el cambio socio-cultural de nuestra época. Esta preocupación, tan subrayada entre otros por la Iglesia latinoamericana⁷, es recogida sustancialmente por el *Directorio General* (n.º 18). Habrá

⁷ «La catequesis tiene que ser eminentemente evangelizadora, sin presuponer una realidad de fe, sino después de oportunas constataciones» (Id., Catequesis, n. 9).

que ser consecuentes con tales principios, en la revisión de toda la estructura y de los instrumentos de catequización.

c) La revisión a fondo de la acción catequética que propugnamos como necesaria encuentra un obstáculo grande en la frecuente no distinción entre función catequética e instituciones de catequización. Los responsables pastorales quedan como bloqueados por las instituciones clásicas de catequización, inhabilitándose, de alguna manera, para reflexionar sobre la función, a la luz de las nuevas necesidades, y para crear nuevas vías (institucionalizables y no institucionalizables) de acción catequética.

Para un adecuado discernimiento entre función e institución, deberemos apoyarnos en dos presupuestos teológico-pastorales:

— Las *acciones eclesiales de base* pueden ser consideradas como *verdaderas acciones funcionales* en la vida del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, correspondiendo analógicamente a las funciones biológicas del cuerpo humano. Entre estas acciones funcionales de la vida eclesial consideramos necesariamente la catequesis: obra pastoral de profundización progresiva en el conocimiento vital de la «doctrina salutis», en la adhesión personal al Señor que se nos revela.

— La función catequética se ha ejercido principalmente a través de instituciones (instituciones estrictamente catequéticas e instituciones no catequéticas). La función y las instituciones no se adecuan con toda exactitud necesariamente. Las instituciones dan vía al ejercicio de la función de manera flexible según las épocas históricas. Hay momentos y circunstancias en que la fidelidad a la función catequética exige el replanteamiento radical de las instituciones habituales y la búsqueda de nuevas vías.

B) PRINCIPALES ACENTOS DE UNA CATEQUESIS RENOVADA

Indicamos a continuación algunas necesidades de la catequesis actual que, a nuestro entender, deben ser prioritarias.

Necesidad para la catequesis de ser fiel a la naturaleza de la verdad cristiana.

El ministerio catequético ha de esforzarse para que los creyentes descubran y acepten en sus vidas las verdades cristianas en

conformidad con las características esenciales que ésta presenta. En relación a los criterios que sobre la materia de la catequesis señala el *Directorio General* (núms. 37 y 39), habría que subrayar las siguientes notas de la naturaleza de la verdad cristiana a las cuales hay que ser fieles:

. la verdad cristiana es *comprobada*. Es reconocida como verdad y aceptada, porque al oirla descubrimos haberla vivido de algún modo: «¡Eso es verdad!». Es reconocida como algo que se ha vivido o algo que se busca y que responde a una exigencia interior.

. verdad *buscada*. La fe en Dios no es inculcada por nosotros, desde fuera, ni es fruto de nuestra propia autoridad. No «me hubieras encontrado si no me hubieras buscado». San Agustín nos sugiere una cierta identificación entre el encuentro con Dios y la inquietud por buscarle. Esta exigencia del conocimiento de la verdad cristiana, es recogida, de alguna manera, por el *Directorio General* cuando subraya el sentido de la acción y de la *communis investigatio* en el grupo de catequizandos (núms. 75 y 76).

. verdad *oculta*. La expresión de la fe nunca llega a manifestar del todo la realidad de Dios. No podemos hablar de Dios más que de manera simbólica, analógica, o de modo negativo, diciendo más lo que no es que lo que es. No es fenómeno sin relieve para la catequesis la importancia que la filosofía actual da al lenguaje simbólico, como complemento para el hombre técnico y racional, que delimita exactamente aquello de lo que habla. El lenguaje simbólico es abierto y referido a una experiencia interior difícilmente conceptualizada.

. verdad *compartida*. Sin concesiones a la fascinación de la dinámica de grupos y de la no-directividad, el Directorio subraya paladinamente, la necesidad del grupo creyente como lugar de realización de la Palabra de Dios (n.º 76). Un teólogo afirmará: «le lieu de la vérité évangélique sera toujours l'expérience cohérente de la communauté»⁸.

. verdad *diversificada*. La riqueza misma de la verdad evangélica —confrontada con la experiencia del hombre y del grupo humano que viven una diversidad enorme de parámetros culturales—

⁸ A. LIÉGÉ, *Vers une plénitude de la transmission de la foi*, Catéchèse 11, 1971, p. 101.

origina un legítimo pluralismo de expresiones compaginado o coherente con la unidad de la fe de la Iglesia.

Necesidad de proponerse como meta de la acción catequética general de la Iglesia la plenitud de la transmisión de la fe.

Explícitamente, el *Directorio General* postula como meta de la catequesis la proposición de toda la materia de la fe (n.º 38). Una cierta contradicción podría detectarse como resultado de una primera confrontación de este postulado con lo que se afirma con otras partes del mismo documento oficial sobre la pedagogía divina (n.º 33), sobre la adaptación catequética a los bautizados según éstos se encuentren «erga fidem» (n.º 77), y sobre la adaptación a la condición e intereses de las etapas vitales (núms. 83, 84 y 97).

Será necesario hacer un esfuerzo de reflexión para descubrir los caminos concretos de fidelidad a las condiciones y situaciones humanas, sin contradecir la irrenunciable fidelidad a la plenitud del evangelio, a la cual la comunidad creyente tiende en su fe. Entre otras pistas de reflexión que nos son sugeridas por esta cuestión, resultará útil recoger la siguiente referencia: «Je ne puis me contenter, une fois pour toutes, de ce qui est «digerable» pour moi dans cette foi que porte une continuité et une diversité d'expériences croyantes dont la richesse m'englobe et me questionne. Peut - être devrai-je, durant un temps, faisant confiance à l'expérience totale de l'Eglise, accepter l'inconfort d'un langage insatisfaisant, accepter de me reconnaître solidaire de la foi de l'Eglise au-delà de l'actuellement vérifiable?... Du moins, prendrai-je garde à ne pas céder aux réductions culturelles de ma situation, à ne pas liquider le vrai paradoxe du mystère, à demeurer ouvert à une parole insolite»⁹.

Necesidad de que la catequesis reinterprete permanentemente el Evangelio.

Exigencia proclamada por los catequistas de todos los países, aunque después el modo de realizarlo no se vea tan claramente.

⁹ ID., p. 103.

La catequesis, según el común sentir de quienes ejercen este ministerio, ha de preguntarse *cómo el Mensaje* cristiano, formulado en una cultura diferente a las actuales, *es ahora percibido* e interiorizado, y ha de *adaptar* su forma y, en cierto modo, hasta su contenido para que pueda producirse su interiorización por el hombre de nuestro tiempo.

Lo que se critica, por parte de los catequistas, es el dualismo según el cual nos encontraríamos con un *contenido* elaborado o conocido a partir del mero estudio de las fuentes, y con el problema de la aplicación resuelto a partir del estudio del hombre.

El paso que se quiere dar es de más alcance, aceptando una relación más interna entre experiencia humana y Palabra de Dios; reinterpretando el Mensaje evangélico a partir de la experiencia del hombre. Nos parece que esta posición es estimulada claramente por el *Directorio General: oportet... novas expressionis formas* (n.º 2); hay que buscar un modo nuevo de expresar las verdades religiosas (n.º 8), que «non est mera repetitio doctrinae antiquae, sed reproductio fidelis eius cum novis problematibus adaptatione et cum crescenti eius intelligentia» (n.º 13); la experiencia humana ha de servir «*ad explorandas et assimilandas veritates revelationis*» (n.º 74). El *Directorio* invita incluso a un trabajo creativo en la comprensión de la fe (n.º 75).

Se descubre el paso hacia una concepción de la catequesis que toma en serio la afirmación de que «la Palabra de Dios contiene al hombre». Para que esta Palabra se manifieste tenemos necesidad de que hablen los lugares que la producen: necesitamos las interpretaciones realizadas por las diversas etapas vitales, por las diversas situaciones sociales, por las diversas culturas... Será misión del Magisterio el discernir, desde dentro de estos procesos y en atención pastoral a los mismos, «*exitum eius inquisitionis*» (n.º 75).

«Crear que la verdad absoluta ha aparecido una vez para siempre, fuera de toda mediación de lenguaje, al margen de toda presentación surgida de la experiencia humana, es desconocer la estructura del lenguaje y negar implícitamente la intención divina de hablar al hombre en el lenguaje de los hombres, el único que éstos comprenden. Por ello, bloquear la verdad absoluta con representaciones de épocas pasadas es detener la historia, matar

el dinamismo del hombre religioso o de lo religioso que hay en el hombre.

Recibir una verdad de fe, asumirla vitalmente en una interpretación personal sólo puede ocurrir si el hombre se da a sí mismo el sentido de esa verdad en el interior del sistema de referencias culturales que le sirve habitualmente para pensar»¹⁰.

Necesidad de que la catequesis acepte franca y definitivamente el fenómeno del cambio social y cultural.

Sin una aceptación abierta del cambio social (con sus ambivalencias) es imposible catequizar en una sociedad en evolución. La fe exige la participación efectiva en el proceso histórico, y el hombre se salva en la medida en que participa activa y conscientemente en este proceso histórico. El cambio es un factor a tener en cuenta por la catequesis para una lectura del mismo cambio a la luz de la fe, ya que tales situaciones innovadas forman parte también del contenido de la catequesis.

Consecuentemente a esta aceptación del cambio, tendremos que afirmar lo que sigue:

a) Los planteamientos nuevos de la acción catequética tomarán como objetivo responder a las necesidades presentes a partir de diagnósticos de la realidad, pero con *un acento* cada vez más marcadamente *prospectivo*. Sin dejarse arrastrar por juegos pueriles de innovación, habrá que afrontar con audacia creadora la promoción de aquellas nuevas formas de acción pastoral y de vida cristiana que correspondan a los grupos humanos en transformación.

b) De ningún modo, habrá de silenciarse que el contenido fundamental del Mensaje de la Catequesis cristiana es la Pascua de Jesucristo que da sentido a la vida humana. Esta iluminación pascual de nuestra vida se realiza por un doble movimiento:

- la proclamación de la vida histórica de Jesucristo que incide en nuestra vida actual.

¹⁰ Mons. R. ECHARREN, *La transmisión de la fe de acuerdo con las estructuras sociales de hoy*, Concilium 6, 1970-I, p. 330.

— la profundización en la significación de nuestra situación actual, a la luz del evangelio.

c) Se habrá de partir de que existe una *unidad profunda* entre proyecto histórico de los hombres e historia de salvación, entre experiencia humana y revelación, sin que esta oposición a un absurdo dualismo sea la afirmación de una identificación pura y simple ¹¹.

d) Finalmente, habría de llamarse la atención sobre un riesgo y una cautela consecuente, de lo cual tomamos conciencia a la luz de lo anteriormente afirmado: en una sociedad en tan profunda mutación, existen evidentemente situaciones y ámbitos humanos alienadores en que la catequesis debe jugar un rol esencial para la promoción y la educación de la autonomía y de la creatividad. La catequesis solamente podrá ejercerse al interior de las referidas situaciones, sin riesgo de dejarse convertir ella misma en instrumento de alienación, en la medida en que cumpla un rol verificable de levadura.

Necesidad de que la catequesis sea, en efecto, promoción de la persona.

Aquí nos referimos a algo que es complementario de la aceptación del proceso de cambio social y cultural. El ministerio catequético ha de saber proponer el evangelio de Jesucristo como respuesta a las aspiraciones más profundas del hombre ¹².

La psicología reduce las experiencias humanas fundamentales a unas pocas: todo hombre busca el amor, la creatividad personal, el sentido a la vida y a las cosas, llegar a ser él mismo venciendo el legalismo, ser libre...

Estos objetivos, comunes a toda educación humana son objetivos de la catequesis cristiana, la cual habrá de saber encontrar su punto en la respuesta a estas aspiraciones del hombre: ha de enseñarle a amar en cristiano, a buscar un sentido cristiano de la existencia, a adquirir la libertad cristiana, a identificarse como persona creyente.

¹¹ Cf. D.C.G. n. 8; *Segunda Conferencia...*, Catequesis, n. 4.

¹² Cf. D.C.G. núms. 3, 4, 11, 15 y 21.

La catequesis actual ha de responder a la crisis de las finalidades.

El *Directorio General* invita acertadamente a discernir los peligros de la presente civilización (n.º 97, a). En concreto, en nuestra sociedad tecnológica el ministerio catequético ha de saber interpelar al hombre sobre su destino último, luchando contra el olvido de la finalidad y contra la pérdida del sentido de la vida humana.

Ya nos hemos referido (en la primera parte de esta intervención) a la dificultad de la sociedad técnica para plantearse los fines últimos.

El pluralismo cultural y el sentido de la eficacia propios del hombre tecnológico crean un cierto escepticismo hacia lo abstracto y hacia los valores absolutos. La sociedad tecnológica, ya lo hemos dicho cultiva el olvido de las finalidades.

La paradoja estriba en que una sociedad que desconfía del pasado y rompe con las concepciones heredadas y elaboradas sobre la vida, y se proyecta esencialmente hacia el futuro lo hace sin perspectivas. La sociedad de la proyección, de la prospectiva, carece de perspectivas: adónde voy, cuál es el sentido fundamental de mi vida, cuál es la significación humana de mi trabajo, de mi sexualidad, de mi tiempo, del dinero..., son preguntas que el hombre de la sociedad de consumo ya no se hace. El hombre se rige por unas motivaciones que le son dadas y acepta sin análisis.

Esta sociedad se ha alejado de la línea esencial del Kerigma, que considera al hombre como un ser abierto preocupado por finalidades más últimas, no satisfecho con lo efímero de la situación presente.

La catequesis está obligada a convertir su lenguaje en lenguaje de instauración. Saber instaurar un espacio interrogativo donde el hombre se plantee el sentido de la vida. Instaurar una interpelación que luche contra el olvido de la finalidad última del hombre. Instaurar la significación en el interior de la vida humana, deshumanizada por la tecnología, intentando así descubrir un sentido de finalidad al trabajo, al descanso, a la relación interhumana, etc.

Ciertamente esta exigencia de una catequesis de las finalidades se refiere fundamentalmente a los países de sociedad tecnológica; en los países de subdesarrollo, el lenguaje catequético estará mucho más en la línea de una pedagogía de liberación.

Necesidad de una catequesis en que se equilibren la dimensión individual y la dimensión social de la atención al hombre.

Sería poco acertado el interpretar las orientaciones del *Directorio General*, en su parte V —catechesis secundum aetates—, en una perspectiva de mera preocupación individual.

Sería además no tomar en cuenta el planteamiento de la psicología contemporánea, la cual considera cada vez más artificiosa la distinción rígida entre lo individual y lo social. En el análisis de toda sociedad, se ve que las experiencias y aspiraciones fundamentales del individuo son las mismas que encontramos en el grupo. Un grupo humano busca igualmente su liberación, su identidad personal como grupo, el desarrollo de su creatividad, la apertura a otros grupos humanos.

La catequesis ha de responder a esta bipolaridad.

C) ALGUNAS EXIGENCIAS RESPECTO A LA METODOLOGÍA

De una pedagogía de la asimilación a una pedagogía de la creatividad.

La introducción de los métodos activos en catequesis ha significado durante una etapa del ministerio catequético promover una actividad de asimilación y no de creatividad.

Una pedagogía de la asimilación buscaría la «mejor aplicación» del evangelio a la vida.

Una pedagogía de la creatividad pretendería, a partir de una profundización de nuestra experiencia humana en confrontación con el evangelio, elaborar una nueva expresión de la fe.

Pero la catequesis ha de ser activa no sólo en el sentido de conseguir una asimilación personalizada del Mensaje cristiano en el sentido de provocar la creatividad de la comunidad cristiana para buscar una nueva expresión de nuestra fe.

Esta concepción pedagógica de la creatividad, según nuestro entender, es recogida por el *Directorio General* (núms. 75 y 76), aunque éste la considere aplicable fundamentalmente en la catequesis de jóvenes y adultos.

Nos parece de extraordinaria importancia pastoral este planteamiento pedagógico. Probablemente una de las motivaciones de la desafección de los jóvenes respecto al Mensaje de la Iglesia habría que buscarla en la pedagogía ordinariamente empleada.

La libertad de los adolescentes o de los jóvenes frente al anuncio de la fe es algo más que la libre opción de asistir o no asistir a las clases de instrucción religiosa en el cuadro escolar. Si muchos jóvenes rechazan el estudio o el conocimiento de la doctrina de la fe que se les ofrece o al que son invitados es, probablemente, porque resulta el único camino que les queda para ejercer su libertad frente a nuestro mundo. Ya que los situamos frente a esta disyuntiva: nosotros, adultos, tenemos unas convicciones perfectamente delimitadas; tú joven, eres libre para admitirlas o rechazarlas.

El joven tiene la sensación de que ha sido invitado a algo que ya está ultimado, redondeado hasta el detalle; que la concepción de la vida —de su vida— ya está elaborada y decidida por los otros; que él no va a pensar y regir íntimamente su itinerario. Se reclama de él una actitud *activa*, pero es para que asimile —aplique— mejor un mensaje ya preestablecido.

Una pastoral que pretenda sólo «transmitir» unas convicciones ya elaboradas no es una pastoral de la creatividad.

Frente a lo anterior, se origina frecuentemente una objeción: el lenguaje de la fe no se elabora, se recibe; no se inventa, se acepta; no lo creamos nosotros, nos precede. No se trata de ejercer la libertad respecto a él, sino de prestar obediencia a la fe.

La respuesta que se da a esta objeción es vital en el plano de la acción catequética. Según el catequista se decida por una u otra orientación, engendrará una u otra pedagogía. Y la pedagogía es una relación que habla por sí misma, y que vehiculará, configurándola necesariamente, una imagen de la fe, del Mensaje, de la vida en la Iglesia...

¿Cómo reelaborar las formulaciones antiguas de nuestra fe?

Se considera por muchos que la renuncia de la catequesis actual a hablar un lenguaje de validez universal atemporal la libera para reencontrar un lenguaje de validez evangélica.

La catequesis es interpelada por todas partes para que contribuya a reelaborar la formulación antigua de la fe en un lenguaje apto a la mentalidad del mundo moderno.

Ya una distinción clásica en teología advertía que no se confundiera, que no se identificara, la fe con el lenguaje a través del cual la fe se vehicula. Nunca se ha afirmado la gran tradición de pensamiento teológico que el Evangelio sea realidad a recibir sólo pasivamente, enseñanza a la que someternos solamente; realidad y lenguaje en que no podamos tomar parte, inventar, reelaborar.

Explícitamente, el *Directorio General* subraya el valor catequético y vital de las formulaciones de la fe (n. 73), invitando a que el ministerio catequético no se reduzca a la repetición de las fórmulas heredadas, sino que, ante todo, habrá de buscar la comprensión de los contenidos encerrados en tales envolturas, aunque esto obligue, por fidelidad al Mensaje, a buscar también la expresión «novis modis» (n. 34). Karl Rahner, en su intervención en el Congreso Teológico de Bruselas, afirma: «es un criterio importante para la ortodoxia verdadera y vivificante el de acabar con la repetición monótona de fórmulas antiguas, monotonía que prueba el poco caso que merece el hecho histórico de la transformación del oyente»¹³.

Ahora bien, quedan planteados sobre esta cuestión, para los catequistas, diversos y acuciantes interrogantes, cuya trascendencia a nadie escapa: ¿hasta qué límites hay que llegar en esta búsqueda de reelaboración de las fórmulas de la fe? ¿Con qué criterios podrá valorarse la fidelidad de las nuevas fórmulas al misterio de la salvación? ¿A quiénes corresponderá este servicio de discernimiento?

¹³ *¿Cuál es el mensaje cristiano?*, Concilium n.º extra, diciembre 1970, p. 235.

Finalmente, y en relación a estas cuestiones metodológicas, no deberá olvidarse que la misma noción de «método» catequético ha comenzado a tener, de un tiempo a esta parte, resonancias nuevas en amplias regiones de la Iglesia. Esta evolución se presenta íntimamente vinculada a una corriente de pensamiento y de acción de mayor alcance: la promoción de una pedagogía del desarrollo, cuyas líneas maestras hemos intentado resumir en la segunda parte de esta intervención. Según este movimiento de educación de base, el método vendría a ser el proceso de concientización, el proceso de formación de una conciencia crítica en medio del proceso histórico. Y la catequesis se realizaría al interior de esta misma dinámica. En conformidad con la referida evolución del concepto de método, y como raíz de tal evolución, habría que tomar en cuenta la noción que en estos mismos sectores ha sido dada para definir la catequesis: «la acción por la cual un grupo humano interpreta su situación, la vive y la expresa a la luz del Evangelio»¹⁴.

¿Podrá acaso dudarse que esta misma concepción del método debe tener, a su vez, resonancias de honda trascendencia cuando en los directorios catequéticos que, eventualmente, elaboren las diversas Conferencias Episcopales, se intenten aplicar las sugerencias que el *Directorio General* ofrece sobre el material catequético?¹⁵

D) EL NUEVO MODELO DE CATEQUISTA

¿Cómo evitar que el sector más agobiado por las dificultades y los interrogantes de la mutación del mundo y de la Iglesia sean quienes ejercen el ministerio de la Palabra? Quizá entre éstos, la situación más tensa y difícil es vivida por los catequistas, quienes asumen las dificultades de los evangelizadores que carecen de lenguaje y de «cabezas de puente», junto a las que proceden del peso de instituciones de catequización no adecuadas a las nuevas exigencias.

¹⁴ J. AUDINET, *La renovación de la catequesis*, en *Catequesis y promoción humana*, Medellín 11-18 de agosto de 1968, Sigueme, Salamanca 1969, p. 35.

¹⁵ Cf. Parte VI, cap. 4.º.

En la crisis de los catequistas confluyen tal abundancia de elementos que vendría a ser una situación típica para diagnosticar la crisis general del grupo humano y del grupo eclesial.

Se reclama por todas partes, y lo hemos podido constatar como sentir unánime de los informes preparatorios del Congreso, que se dé respuesta a la necesidad de una «pastoral de catequistas».

Es obvio que una catequesis renovada tiene necesidad de elaborar un nuevo modelo de catequistas. Y que esto no se hará sin esfuerzo y atención preferente.

Señalemos algunas exigencias que configuran el nacimiento del catequista que esperamos.

a) La acción catequética habrá de aceptar, sin alarmas paralizantes, que los catequistas sufran los conflictos y las contradicciones que suelen aparecer en quienes, en nuestro mundo actual, ejercen la profesión docente. Los educadores de la sociedad moderna, cuando son honestos consigo mismo y viven su compromiso, están sometidos a tensiones que afectan a su comportamiento y muchas veces lo anulan. Los conflictos inherentes a la profesión docente son de tal magnitud y frecuencia, que desencadenan tres mecanismos de reacción negativa:

- el abandono material (o psicológico) de la tarea.
- la caída en la neurosis.
- los comportamientos defensivos de reajuste emocional: deformaciones compensatorias de las tensiones. Rutinas, automatismos, resentimientos.

Habrà de buscarse respuestas positivas a estos conflictos, pero habrá que tener en cuenta su existencia.

b) La comunidad cristiana en su conjunto, deberá tomar conciencia de su responsabilidad total sobre la catequesis cristiana, eliminando actitudes meramente censoras sobre quienes ejercen el ministerio catequético. En algunas regiones de nuestra Iglesia, se detectan en grupos cristianos importantes tendencias a convertirse en *meros supervisores* de la catequesis que realizan otros, a veces con sus propios hijos. Esta posición no constructiva, cuando se hace colectiva, provoca tal tensión en quienes son man-

dados para un ministerio tan erizado de dificultades que hace más fuerte la incomprensión o ruptura entre las diversas generaciones cristianas, o impulsa a los catequistas más valiosos a abandonar el campo de acción. Se anula la obra positiva, sin encontrar respuesta a las deficiencias reales o supuestas.

c) El ministerio catequético habrá de saber asumir, sin búsqueda de absolutos uniformismos, la necesaria pluralidad de tendencias en los catequistas, manteniendo, por encima de la práctica pastoral de cada uno de ellos, la fidelidad a la plenitud de la transmisión de la fe. La presencia de estos tipos plurales de educadores de la fe asegurará en la Iglesia una complementariedad de perspectivas. Cuando estas tendencias no son llevadas a límites no aceptables, su presencia es sana para un recto equilibrio de la fe de la comunidad cristiana total.

También resulta evidente que esta aceptación, por parte de la comunidad, de la pluralidad de tendencias entre los catequistas, no significa la inhibición ante una serie de fenómenos abusivos que habrán de evitarse: v. g.

- la proyección pura y simple de problemáticas concretas de estamentos determinados (crisis de identidad sacerdotal, religiosa, etc.) sobre los catequizados.
- el mantenimiento de posiciones rígidamente contrarias a la evolución eclesial...
- la proclamación sin matices, en grupos de catequizandos inmaduros, como aspecto de la «doctrina salutis», de hipótesis hechas a nivel de reflexión entre cristianos verdaderamente adultos.

d) Si la catequesis concreta para un grupo humano determinado debe ser segregada por el mismo grupo, según ya se ha indicado anteriormente, en ese caso, la intervención del catequista se realiza al interior del itinerario humano del grupo, que encuentra así su propio proceso hacia la fe. De otro modo, el catequista quedaría siempre en el exterior, sin vincularse al proyecto histórico del grupo.

Esta afirmación refuerza, de otra manera, lo dicho más arriba sobre la pluralidad de catequistas. Al interior de una misma

exigencia de fidelidad al Evangelio, la catequesis de la Iglesia para grupos humanos diversos es pluriforme, y necesita también modalidades diversas de catequistas. No existe un solo modelo de catequista válido para toda situación y para todo grupo humano. Cada vez habrá que diagnosticar las situaciones y las necesidades, y descubrir el modelo adecuado de catequista.

e) ¿Qué posibilidades tiene la pastoral actual de la Iglesia para engendrar catequistas que correspondan a los modelos nuevos exigidos?

Hay que reconocer que los catequistas embarcados actualmente en la renovación eclesial no son todavía mayoría. En algunos países el movimiento catequético quiere decir los últimos coches en el tren de la renovación pastoral. En otros se le asigna el rol de guardián de la doctrina.

Consideramos que esto puede ser riesgo grave para el futuro del personal catequizador. No habrá porvenir para la acción catequética —si revestirá o no en el futuro las características de un «Movimiento catequético», no lo sabemos— si en los años próximos no se cambia el acento de la acción catequética: no una acción que se desarrolla, de alguna manera, a remolque de la evolución global de la comunidad cristiana, sino que se convierte en fuerza renovadora que hace posible la llegada de una Iglesia nueva en la fidelidad a la Iglesia de la Tradición.

f) Será muy importante situar también esta «pastoral de catequistas» en la dimensión prospectiva que resulta esencial a toda acción en una sociedad y una Iglesia en evolución.

En este sentido, resulta urgente para la Iglesia esforzarse por delimitar, ya desde ahora, los nuevos modelos de catequistas, radicalmente diversos, innovados, aunque su introducción no deba ser violenta, sino acomodada al ritmo de la evolución de los grupos humanos.

g) En la perspectiva de los cambios que se detectan en la sociedad y en la Iglesia, habría que sugerir algunos principios de orden general en relación al tipo de catequista del futuro próximo:

— Probablemente habrá que caminar hacia la no existencia de un cuerpo masivo permanente de catequistas. Todos los creyentes podrán consagrar a la acción catequética —a través de la

pluriformidad en que este ministerio sea ejercido en el futuro—una parte de su tiempo o período de su vida.

Habrà necesidad de expertos en aspectos de la acción catequética y los catequistas de base serán orientadores o consejeros fraternales en los itinerarios personales de maduración en la fe.

Consecuentemente, no se dará una formación *profesional cerrada* a los catequistas. Y el mayor número posible de creyentes necesitará una información general sobre los problemas de la educación de la fe, a fin de suscitar y orientar las vocaciones catequistas; la educación de la fe tendrá que ser una preocupación mayor para la vida y la acción de los cristianos conscientes.

— En lo que pudiera denominarse formación específica del catequista del futuro, habrá que adecuarse a las exigencias concretas del conjunto del grupo humano determinado. Y como nivel subyacente a todas las adecuaciones de la realidad inmediata, el *planteamiento personal de la vida de fe del catequista*. Junto a ello una preparación que desarrolle la iniciativa y la creatividad del que desea desempeñar un ministerio catequético.

CONCLUSION

Ponemos fin a esta reflexión, con conciencia viva de habernos limitado a algunos aspectos de las más graves cuestiones que se plantean al ministerio actual de la catequesis. Otros fenómenos extraordinariamente importantes de la vida de la sociedad en que vivimos y de nuestra Iglesia reclamarían también la atención de este encuentro internacional: v. g. la catequesis y las denominadas comunidades de base; los medios de comunicación social y la acción catequética; la catequesis y la evolución del pensamiento y de la mentalidad sobre la vida sacramental; la inserción de la catequesis en una verdadera perspectiva de pastoral de conjunto; la revisión de todo el ministerio catequético a la luz de la dimensión ecuménica... Cuestiones todas ellas de gran relieve, señaladas por diversos países entre las necesidades de la catequesis actual.

Las aportaciones de los demás relatores y, sobre todo, la reflexión de todos los participantes enriquecerá lo sugerido, y nos hará avanzar juntos como servidores del Evangelio, hoy, en su Iglesia.